



LOGOS Y POLEMS EN DOS NUEVOS FILÓSOFOS. ¹

Dr. Ramón Xirau*

No sin vehemencia me refería a los jóvenes filósofos franceses -por lo menos a los que recientemente han reaccionado apasionadamente contra el marxismo- en Vuelta 12, noviembre de 1977. Sostenía entonces -y en parte sigo - sosteniéndolo- que la reacción de los "philosophes" repetía lo que ya habían escrito, por sólo citar algunos nombres ejemplares, Orwell, Koestler, Camus - y, antes que éstos, Fernando de los Ríos o André Gide. Decía también en aquel breve texto que había cierta propaganda en torno a estos filósofos nuevos como la hubo en Francia en otros momentos: los del existencialismo; los del estructuralismo, etc.

Lo que importa ahora, con menos vehemencia, es tratar de entender a los dos de los filósofos -Glucksman, Lévy- a partir de los libros a que remite esta reseña -ensayo. Esto nos permitirá aclarar qué hay en ellos de novedad y qué hay en ellos de repetición de críticas ya expresadas en el pasado.

Antes de entrar no tanto a analizar estas obras como a comentarlas, es indispensable situar a sus autores. ¿Cómo hacerlo? Doblemente: tratando de precisar la generación a la cual pertenecen -mucho de lo que dicen es de orden generacional; tratando de referirlos al tipo de marxismo que critican y a las filiaciones filosóficas de algunos de ellos.

Generación. Se trata de jóvenes intelectuales que vivieron con intensi -

1. - André Glucksman, *Les maitres penseurs*, Grasset, París, 1977, 321 pp.
Bernard-Henri Lévy, *La barbarie a visage Humain*, Grasset, París, 1977.
233 pp. Publicado en la revista *vuelta* No. 17 - 1978.

* Invitado de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana. A. C.
Profesor de Filosofía en el curso de Especialización en Psicoanálisis, en el I. M. P. AC.

dad y pasión las jornadas de 68 en París. Todos ellos participaron en aquella - revolución que proclamaba la salvación por la imaginación, la rebeldía y el - - "no" pronunciado ante la sociedad de consumo; todos ellos, con una sola excep - ción, se adhirieron al marxismo y pusieron en el marxismo la totalidad de sus esperanzas; todos ellos compartieron lo que Maurice Clavel, pensador católico en cierta medida modelo de los nuevos filósofos, ha llamado "la fractura de -- 68". Estos jóvenes, entonces muy jóvenes, tenían razón y tenían razones. Eran hijos de la ira, partidarios de la imaginación y deseosos de decir "No" sin aca so poder ver -¿cómo hubieran podido verlo?- que la rebelión es un "No" y es - un "Si". Todo, para aquellos muchachos de 17 a 20 años era entonces novedad y acaso solamente podían reconocerse en Marx, en los surrealistas y en Rim - baud. De hecho se reconocieron en un marxismo vario e incluso múltiple. Y - aquí viene a cuento el muy complejo asunto de sus filiaciones filosóficas.

Lecourt se inspiraba principalmente en la obra de Althusser; Glucks - - man, muy cercano al maoísmo, se aproximaba a Bachelard y a Foucault, Las - dreau -uno de los más brillantes- a Lacan e indirectamente a De Saussure. Do llé releo el existencialismo y sobre todo a Heidegger, Benoist, caso un poco - aparte, se integraba por lo menos parcialmente en el estructuralismo y en el existencialismo; Lévy, que ahora tiene treinta años, provenía de Freud, de un Freud visto por Lacan con algunas reminiscencias de De Saussure.

Pero, ¿qué marxismo tenían en mente los jóvenes filósofos? Sospecho, - por sus críticas, y por sus afirmaciones en varias entrevistas, que el marxis mo al cual se acercaban era de variado signo: el maoísmo en algunos casos, el freudo-marxismo de Marcuse; Gilles Deleuze; el "lacanismo", sea o no mar - xista Lacan; el marxismo estructural de Althusser.



Estas filiaciones les llevaron a reaccionar, en primer lugar, contra el marxismo que podríamos calificar de "oficial" -principalmente el de la URSS - y el del Partido comunista de Francia- y los acercaron a Nietzsche y a Rousseau; Rousseau cada día más presente en el pensamiento contemporáneo. Un símbolo definitivo fue el de Soljenitzin. En los textos de los jóvenes filósofos es frecuente la mención directa y escueta a "gulag" convertido ya en una constante de su pensamiento; hay que estar necesariamente contra "gulag" dondequiera que este se presente, "Gulag" es así una anticategoría, la negación misma de la vida y del pensamiento.

Queden así brevemente situados los nuevos filósofos. Veamos sucesivamente que nos dicen en los libros recientes: *Les maitres penseurs* y *La barbarie a visage humain*. Libros, por cierto, muy distintos entre sí: irónico, cortante, violento el de Glucksman; crítico, casi poético, hermosamente escrito el de Lévy.

Empiezo por André Glucksman, *Les maitres penseurs* podría remitir, irónicamente, a los "maestros cantores" de Wagner. Remite, de hecho, a estos Amos del pensamiento que fueron Fichte, Hegel, Marx, Nietzsche. El libro se inicia de manera original. Estamos en la Abadía de Thélème, la que había imaginado Rabelais y cuyo lema era "-Fay ce que voudras" ("Haz lo que quieras"). Esta declaración se alía a la de Mao: "hay razones para rebelarse". La cosa parece paradójica. Tal vez no lo sea si Panurge el de Thélème y Mao son revolucionarios (todo es posible), son colectivistas (los hombres son libres juntos y todos hacen "libremente" lo que les dicta Panurge), son dictatoriales (total asimetría entre quien dicta y quienes lo siguen), son teológicos, o, por decirlo con Bataille, "antiteológicos", al suprimir las almas. Dice en un fran-

cés irónico y agresivo, difícilmente traducible Glucksman: "Si un pequeño jefe es un pequeño dios, ¡oh dioses qué será un gran jefe!".

Tal es el tema, en efecto: el del Poder. Los Amos del pensamiento son los dueños del Poder. Y aquí una de las ideas más originales de Glucksman: el pensamiento de los Amos, pensamiento poderoso acerca del Poder, se ha filtrado en el mundo moderno y lo que vivimos es el régimen de poder que la filosofía, de Fichte a Nietzsche, erigió en sustancia y principio último. De ahí que Glucksman escriba: "Los textos no sirven simplemente para el ejercicio del poder; son este ejercicio mismo; nos sujetan".

El Poder que preside al mundo moderno es más importante que el marxismo porque el marxismo es, en última instancia texto y realidad de poder (Rusia contra China). No puede creerse ya en el "texto único DEL marxismo". En otras palabras, el que vio claramente el siglo XX, el "desierto" del siglo XX, fue Nietzsche. No se trata, acaso, de la totalidad de Nietzsche; se trata del Nietzsche de la "voluntad de poder", del Nietzsche que decía: "se acercan los tiempos de lucha por el dominio de esta tierra; esta lucha será llevada a cabo en nombre de doctrinas filosóficas fundamentales". Algunos habíamos sospechado y escrito lo que aquí sospecha y escribe André Glucksman. Quisiera recordar que lo esencial del nihilismo de Nietzsche está en una frase que no suele citarse completa y que no me canso de citar: "Dios ha muerto" pero "el desierto está creciendo".

Algunas ideas de Glucksman son repeticiones de ideas acerca de las cuales acaso no tenga noticia. Así, cuando escribe "La protesta contra un orden no se imagina sino en nombre de otro orden" se aproxima a Ortega y Gasset: para quien la revolución es la sustitución de un orden por otro. En tér-



minos de Glucksman: de un orden que implica siempre la presencia de los Amos: Fichte, Nietzsche, Stalin o Mao y, en el mundo Occidental, los manipuladores - del poder y del poderío.

El antisemitismo de nuestros tiempos tiene un origen entre otros en Hegel y en Marx; pero lo que predomina en nuestro siglo es lo que pensaron filósofos del siglo pasado: la presencia de un Estado total -totalitario- que no es sino la manifestación del Poder: el Estado "divino" de Hegel, el estado falazmente transitorio del marxismo. En suma: "Los Maestros (Amos) pensadores fueron los padres de las ideologías reinantes en cuanto entregaron su razón al Estado". Es posible que en este punto Glucksman sea injusto, por ejemplo, con Hegel. Ciertamente Hegel califica al Estado de divino; no es menos cierto que para Hegel hay realidades absolutas superiores al Estado (Arte, Religión, Filosofía). Pero en conjunto Glucksman está en lo cierto: el Estado total -también lo vio Lukacs- proviene en buena medida del llamado idealismo alemán.

Pero si lo que predomina es el Poder de los Amos-Maestros, ¿qué sentido tiene la revolución? En una forma del pensamiento marxista la revolución recorre tres etapas: la preparación ideológica -pero el revolucionario no estaba preparado para lo que después de él se hizo o para aquello que él mismo hizo: Rousseau no es la revolución francesa y Mao no pudo pensar, desde los inicios, en una revolución campesina-; el terrorismo; el término de la revolución cuando, por citar a Trotsky a quien Glucksman cita, "el río vuelve a su cauce". También Malraux había proyectado -habla Glucksman- tres etapas de la revolución española; la esperanza, el apocalipsis y la organización del apocalipsis. Las revoluciones se institucionalizan; predomina lo que habían edificado los Amos-Maestros: el Poder del Estado. "El maestro tiene una forma muy propia de ce-

errar el círculo vicioso. Encierra en él a los demás".

Pero, ¿qué significa a fondo tener un Maestro-Amo?; ¿cuál es "el colmo del Estado racional?" Significa que hay un sólo Amo absoluto: la Muerte. El que todo lo sabe nada sabe y "querer y servir la nada es querer y saber la muerte". Llenos de un pensamiento abstracto que es un hueco y un vacío mortal, no podemos salir de un círculo vicioso que, por lo demás está viciado por nuestra propia naturaleza mortal. Nos sabemos mortales; lo que es inaceptable es que se nos gobierne como en un reino donde dominara la muerte.

Los Maestros-Amos pensadores -de Panurge a Stalin, de Hegel a Marx- "prepararon el aparato mental del siglo XX". Este aparato se reduce a una frase: "...el Poder no está nunca de vacaciones".

¿No hay salida? Sin duda hay en el pensamiento de Glucksman una fuerte dosis de apasionado pesimismo. Solamente queda una esperanza: se llama Sócrates y se llama G.I. Dice Glucksman: "De Sócrates al G.I. desertor, el reparto de la falta de ciencia y de la fraternización deliberada de las ignorancias constituye una experiencia de democracia, la única que nos es común".

¿Reaccionario? La palabra es trillada. Glucksmann, entre análisis y martilleos, cree en esta "interrupción" que son la fraternidad y la modestia -- en el pensamiento. Quien piensa saberlo todo -Hegel es aquí primum inter pares- es también aquel que necesariamente impone la totalidad de un Poder que puede parecer abstracto y que, sin embargo, está presente por todos los rincones de estas últimas décadas del siglo en Oriente y en Occidente, en el socialismo y en el capitalismo.

Distinto al de Glucksman es el pensamiento de Lévy. Hay en la obra de Lévy (*La barbarie a visage humain*), una cierta tonalidad poética que, habremos



de verlo, tiene su razón de ser. Escribe Lévy: "Soy el hijo natural de una pareja diabólica, el fascismo y el estalinismo". Su negación del marxismo es tan violenta como puede serlo la de Glucksman. El escepticismo es completo -no lo es al final de la obra- y es completo precisamente en cuanto al socialismo. Imagina Lévy un diccionario del año 2000 en el cual podría leerse: "Socialismo: n. m., género cultural, nacido en París en 1848, muerto en París en 1968". Claramente la frase de Lévy remite a su experiencia vital: la del Mayo parisino. Para Lévy es muy claro que la derecha no tiene nada que ofrecer. No sin melancolía su libro se dirige a los que como él pensaron ser de izquierda para descubrir que la izquierda -el marxismo- es una filosofía y una práctica del Poder. Acuerdo perfecto, en este punto, con Glucksman. Pero a diferencia de Glucksman, Lévy no solamente critica el marxismo oficial u oficioso sino que ataca muy directamente el freudo-marxismo. El primero afirma, sucesivamente, la "omnipotencia del Saber, la inconsciencia de la Creencia, la perversidad del Amo". El postlacanismo, el del Anti-Edipo de Deleuze y Guattari "escucha la libido materialista" y afirma que si los hombres son manipulados no es porque se los manipule sino porque desean ser manipulados. Para liberarse, los esclavos tienen que liberarse mediante el deseo. "Todo el 'gauchisme' moderno cabe en este esquema. Se trata del esquema mismo del marxismo, con esta diferencia: donde uno habla de 'verdad', el otro habla de 'libido'. "En ambos casos el rebelde se pretende dueño de su saber. El ataque a Deleuze-Guattari es violento: "¿Acaso Alemania quiso, deseó a Hitler con un deseo perverso pero auténtico y resuelto? Pensarlo es añadir la infamia a la impostura, olvidar los intereses materiales, el sufrimiento concreto de los hombres, la angustia, por ejemplo, del desempleo, de la inflación, de la miseria que,

tanto como la economía libidinal de los tiempos prepararon el totalitarismo". - Lévy protesta; el tono de su protesta es el del moralista. Y en este punto su relación con Camus. Como Camus, como los moralistas franceses del siglo - XVII, Lévy denuncia lo que él mismo llama impostura e infamia. Cercano a - Rousseau, Lévy no puede aceptar el principio según en cual "el poder es una - casi nada" del "gaucho-gauchisme". No es cierto que ho haya un Príncipe; el - Príncipe es de este mundo: se llama Poder aunque su apariencia pueda parecer abstracta. Y este Poder ha sido -muy contrariamente a los deseos de Lévy- el poder del ultraizquierdismo. La barbarie a visage humain es un ataque fron- - tal al "deleuzismo" y al marxismo que ve el Poder como un Todo.

¿A qué conclusiones llega Lévy? Creo que, esencialmente, a las siguien-
tes:

-Se dice que vamos hacia un mundo de tecnócratas y funcionarios. De - hecho se va hacia una sociedad proletaria y aquí la palabra "proletaria" tiene - un signo negativo donde predomine la "voluntad de poder" o, por decirlo con - Nietzsche, "la blanca raza de los liberales".

-Nos espera una "barbarie con rostro humano". El propio Marx lo ha - bía previsto como una posibilidad cuando escribía que puede existir "un comu- - nismo primario y vacío de pensamiento".

-La nueva "barbarie" necesitaba una religión. Se la ofrece el marxis - mo. Pero aquí la crítica de Lévy no es la ya habitual. La religión en que pien - sa Lévy -"opio para el pueblo"- es la de este "compendio enciclopédico" del - nuevo imperialismo del saber y del hacer (urbanismo marxista, psicoanálisis - marxista, estética marxista... , toda una enciclopedia). La nueva religión, co - mo las viejas, tiene dos niveles: el del conocimiento y la fe populares y el sa -



ber hermético de los Amos-Maestros.

-La crítica del marxismo no anula al marxismo; éste pensamiento (esta "iglesia") no sólo no pierde terreno sino que lo gana día a día.

-Mayo de 68 -nuevamente la presencia de un hecho vivido por Lévy- no fue el triunfo de una esperanza marxista que muchos compartían: fue el triunfo de un marxismo reaccionario. Hay que ser antimarxista pero al mismo tiempo -hecho de nuestros días- el marxismo no es atacable políticamente; es, por lo demás contrarevolucionario al prever un fin de la historia.

¿Cómo salir de este círculo? Lévy afirma claramente: "nunca más seremos los consejeros de los Príncipes". Platón también tuvo que aprender que no es cosa del filósofo aconsejar a Dionisio de Siracusa. Y escribe Lévy: "Nunca más volveremos a ser los guías y faros de los pueblos". Al filósofo, al intelectual, la espera la soledad. Pero esta soledad puede ser creadora. En los tiempos oscuros que se avecinan el intelectual tiene que ser un artista "porque el Arte no es sino el dique elevado desde hace milenios, contra el vacío de la muerte, el caos de lo informe". Pero acaso sobre todo -ya lo indiqué algunos párrafos arriba- "el intelectual antibárbaro será un moralista (en la línea de Kant, de Merleau-Ponty, de Camus)". Solamente por los caminos de arte y de la moralidad, podrá alcanzarse la esperanza de cierto espiritualismo; un espiritualismo, sin embargo, que Lévy, califica de ateo. Como Camus, Lévy acepta un compromiso: el de la libertad. Acaso le falte lo que Camus quiso ver y vivió diáfananamente: "el sol de mediodía".

Los ataques contra los nuevos filósofos han sido frecuentes. Gilles Deleuze, en un artículo en Le Monde los acusa de reaccionarios, afirma la nu-

lidad de su pensamiento y atribuye esta nulidad al hecho de que emplean palabras y conceptos demasiado amplios ("La ley, El poder, El amor, El mundo, ...") es decir, "enunciados vacíos".

La crítica más fácil es aquella que puede clasificar a los "philosophes" de reaccionarios. No lo son; más bien piensan que el marxismo se ha vuelto reaccionario y que hay que buscar nuevas vías (metafísica, arte, moral en Lévy, y lo que llamaré "socratismo" en Glucksman).

¿Enunciados vacíos? Ciertamente Glucksman enuncia sus ideas con palabras de una generalidad que podría antojarse vaga. No lo es; y no lo es por un motivo: estas palabras tienen una carga conceptual y emocional tan fuerte que resultan palabras vivas. ¿Por qué? Creo que la razón es clara. Los libros aquí comentados son libros polémicos (más sólido el de Glucksman, más analítico el de Lévy) y la polémica tiende a los argumentos "ad hominem". La fuerza principal de los nuevos filósofos -me refiero aquí a Glucksman y a Lévy- proviene de una indignación más que de una desilusión.

¿Novedad? Creo que lo más novedoso es la manera en que Glucksman es capaz de ver las relaciones de los pensadores del poder con la realidad de nuestro tiempo; novedosa, y original, su capacidad de conectar momentos distintos y parecidos en la historia del pensamiento (Panurge-Mao, Hegel-URSS, socratismo-G.I.).

Habrà que esperar. ¿En qué sentido? En un sentido muy preciso: hasta ahora lo más sólido de estos dos filósofos es el aspecto crítico de su obra (¿eco del "No" que pronunciaron en 68?). No ofrecen mucho en cuanto a un posible "Si". ¿Cuál será el "Sí" de un Glucksman, de un Lévy? Lo hemos visto en parte. Acaso, en conjunto un nuevo moralismo que podría situarse, simbó-



licamente, bajo el signo de Sócrates... o de Montaigne, o de Camus.

¿Novedad? Mucha en un sentido: en cuanto a la expresión -dura y satírica en Glucksman; poético-analítica en Lévy- de una circunstancia muy concreta: 68 y la indignación ante el fracaso de 68.

¿Novedad? No siempre. Creo que Bertrand Russell, de quien no puede pensarse que fuera un reaccionario, había dicho en pocas palabras lo que un no comunista puede decir. Para detener el comunismo no debe recurrirse a la guerra; debemos olvidar incluso si somos comunistas o no y pensar que somos miembros de la especie "hombre", este ser que ha realizado maravillas en esta tierra y que no tiene derecho a la destrucción total que hoy la guerra implica. ¿No ser comunista: Russell es antimarxista porque piensa que los conceptos de Marx no son claros y porque ve que aun si en Marx "la doctrina de la dictadura del proletariado no era esencialmente anti-democrática" en Rusia, país esencialmente rural, "se decretó que el partido bolchevique era la parte del proletariado que tenía conciencia de clase... Así, la dictadura del proletariado acabó por ser la dictadura de un pequeño comité y, en última instancia, de un hombre". Piensa Russell que hay algunos signos de que "en el curso de la historia el régimen ruso se vaya haciendo más liberal". Por lo pronto predomina el universo concentracionario. ¿Hacerle la guerra al comunismo? De ninguna manera: "su creciente desarrollo solamente podrá detenerse si disminuimos las zonas de pobreza y miseria".